

La escritura imposible

A propósito de *La escritura o la vida* de Jorge Semprún

Tomás Abraham Iosa

Constituye una experiencia paradójica y un angustiante privilegio de los sobrevivientes de los campos de concentración y exterminación masiva del régimen nazi, vivir bajo el horizonte funesto de una muerte que se proyecta no solo hacia el futuro sino también hacia el pasado. En la vivencia de la propia muerte por parte de la víctima, que no obstante sobrevive, puede buscarse una clave de acceso a la novedad que introdujo en distintos niveles de la experiencia humana el llamado Universo Concentracionario. Allí precisamente, entre las agitadas aguas, en las tonalidades sombrías intercaladas sólo por destellos enceguecedores, en el estremecerse de las esperanzas siempre derrotadas, en la tormenta que en definitiva acompaña a esa experiencia terrible, se sitúa el relato testimonial de Jorge Semprún *La escritura o la vida*¹. Como en tantas otras narraciones de deportados por razones políticas o étnicas bajo regímenes totalitarios, aquí también la escritura, el dar testimonio para impedir que el crimen caiga en el olvido y el silencio, se vuelve una necesidad – urgente incluso – ya que nunca puede ser válida una vida en el olvido – por más dulce que pueda ser éste –, pero a su vez se vuelve un hecho imposible que asfixia la vida, su ingenuidad y encanto. Así pues, llega Semprún a poner entre el signo de la disyunción – que nunca fue tan lacerantemente excluyente – a estos dos términos escritura-vida que en tantos otros contextos suelen ir entrelazados inexpugnablemente. Jorge Semprún nos ofrece el relato del desenvolvimiento agónico que la escritura y la vida tienen a partir de la experiencia del límite que en su caso comenzó en el invierno de 1944 en el campo de concentración de Buchenwald a pocos kilómetros de Weimar. Un relato que es el de su vida como sobreviviente, que es su vida – pues a partir de la liberación no hace más que intentar escribirlo – y que

¹ Semprún, Jorge, *La escritura o la vida*, trad. Thomas Kauf, Tusquets, Barcelona, 1998.

finalmente le ahoga en recuerdos que lo conducen como a tantos otros compañeros del Lager a sondear la opción del suicidio. Sobreponerse al suicidio, sonreír en la ilusión de la vida, solo puede ser posible en el olvido, un olvido que es tanto más culpable cuanto que es deseado, impuesto y a veces logrado. Una de las preguntas fundamentales que subyacen a este libro es ¿cómo es posible una escritura del desgarramiento que no conduzca a la muerte? Dicho en otras palabras ¿qué madurez permite sobrevivir a su escritura? Es extraña y fundamental la fuerza de estas preguntas ya que se superponen – con el privilegio propio de las preguntas trascendentales – a aquella otra que algunos quisieran privilegiar – cargada de empirismo – que podemos formular así, ¿cómo es posible sobrevivir al Lager? Sobrevivir puede ser cuestión del azar o estar determinado por ciertas leyes que pueden rastrearse con interés sociológico. También puede un sociólogo estudiar las constantes en el suicidio de los sobrevivientes, pero no podrá responder a aquella pregunta fundamental: ¿cómo es posible una escritura del desgarramiento que no conduzca a la muerte? Proponemos esta pregunta como clave de lectura de los relatos de sobrevivientes de los campos de concentración.

*

Otros testigos que inevitablemente penetraron este abismo, ofrecen algunas respuestas que es preciso recordar. El caso de Jean Améry – Hans Mayer – se presenta como una de sus formas más trágicas, ya que su respuesta se consolida en una radical negativa a la posibilidad misma de una escritura sincera del desgarramiento que no sea al mismo tiempo un camino del suicidio. Desde el primer capítulo de su libro “*Par-delà le crime et le châ-timent.*”², que lleva el premonitorio título de *En las fronteras del espíritu* pueden leerse las coordenadas que conducen a su formulación más explícita en su último libro “*Porter la main sur soi*” y a la consumación de ese acto prohibido por la ley hebraica en Salzbourg. ¿Deben buscarse las razones de este desenlace desesperado en el hecho insoportable de compartir con sus verdugos la lengua materna? ¿Cómo puede una víctima escribir su desconsuelo en la lengua del victimario sin sentirse traicionado por el len-

² Améry, Jean, *Par-delà le crime et le châ-timent. Essai pour surmonter l'insurmontable*, Actes Sud, Arlès, 1995

guaje? La poesía de Holderlin se había transformado y resultaba insoporable para Améry. Sobre este particular, el judío italiano Primo Levi, llevaba una ventaja considerable. Las insensatas órdenes ladradas en alemán no minaron en él ese reducto orgulloso de la libertad que es el lenguaje. El espíritu arrinconado hasta el abismo por las vejaciones, encontraba una vía de escape hacia la libertad en los versos de Dante – que podía recordar y recitarle a un compañero durante los cortos descansos del trabajo forzado. Estos motivos le permitieron a Primo Levi escribir en 1947, en el prólogo a la primera edición de su libro *Se questo è un uomo* las siguientes palabras, “*La necesidad de contarle a “otros”, de hacerlos partícipes, había adquirido en nosotros, tanto antes como después de nuestra liberación, la violencia de una impulsión inmediata, tan imperiosa como las otras necesidades elementales; para responder a tal necesidad escribí mi libro; ante todo es una liberación interior.*”³ Queda claro que la escritura testimonial fue para Primo Levi una necesidad de liberación, una forma de sobreponerse al daño. Pero su postura no tardó en radicalizarse – sobre todo a partir de su lectura de Amery. Dedicó un capítulo de su obra “*Los hundidos y los salvados*” a discutir con su compañero difunto sobre el estatus de la escritura⁴. Allí planteó el deber moral que todo deportado tiene de arrancar del olvido su porción de memoria y llegó a proscribir la opción del suicidio como forma de huir de las tinieblas de una experiencia intolerable. La escritura del desgarró se hacía posible para Primo Levi porque la elevaba al plano deóntico. Pero el italiano se había apresurado, la muerte que le tocó cuarenta y tres años antes en Auschwitz y que se proyectaba hasta el presente, acosaba sus sueños, sus descuidos, volviéndole incapaz de sostener su promesa. A Jorge Semprún la experiencia desgarradora le había alcanzado con menor peso pues Buchenwald no era un campo de exterminación masiva. La mayoría de los deportados eran militantes políticos –Jorge Semprún era comunista y había sido detenido

³ Ofrezco mi traducción del siguiente párrafo de Primo Levi: “Le besion de raconter aux “autres”, de faire participer les “autres”, avait acquis chez nous, avant comme après notre libération, la violence d’une impulsión immédiate, aussi impérieuse que les autres besoins élémentaires; c’est pour répondre à un tel besoin que j’ai écrit mon livre; c’est avant tout en vue d’une libération intérieure”, *Si c’est un homme*, trad. de Martine Schruoffeneger, Julliard, Paris, 1999.

⁴ Este debate es analizado por Enzo Traverso en su libro *L’Histoire déchirée*, (*Essai sur Auschwitz et les intellectuels*), capítulo VII Ed. Du Cerf, Paris, 1997.

mientras formaba parte de la resistencia en Francia. Los unía una lucha en común que introducía inteligibilidad al mal infligido - que de otro modo hubiera resultado más absurdo - y disponían de un ideal que les proporcionaba al mismo tiempo un plan de lucha. Buchenwald fue uno de los pocos campos en los que se pudo organizar una resistencia. Disponían incluso de una biblioteca. Los oficiales S.S no le gritaban en su lengua materna. Y finalmente, no era judío. Es decir que la Solución Final que el sistema totalitario nazi estaba llevando a cabo en gran parte de Europa, no atentaba contra su raza. Todo esto no quiere decir que el problema de la escritura del desgarró no le haya tocado en profundidad. Así pues, a lo largo de toda la estructura narrativa, es este enigma el que se plantea y se replantea con la insistencia de la locura. Escribir el relato del desgarró, del desgarró que fue su vida, es un imperativo que le acosa desesperadamente desde aquel día de abril de 1945 en que fue liberado de Buchenwald por las tropas del general Patton. A su vez, es este relato el que le impide vivir o le quita a la vida todo su encanto y su frescura. No puede decirse con seguridad que Semprún pueda dar una respuesta a este enigma. La escritura del desgarró antes que la opción del suicidio, no parece ser un mérito del autor; más bien corresponde al relato mismo que supo hacerse un camino entre las elipsis del olvido. La escritura fue en este caso una escritura del olvido y sólo así el desgarró que contó su olvido pudo escribirse sin conducir al suicidio. Pero solo podemos decir esto porque eliminamos al autor como sujeto del relato. En esta interpretación es el relato el que se cuenta a sí mismo su desgarró. No obstante, para ser justos con el autor, debemos contar su versión. La escritura del desgarró fue posible para Jorge Semprún porque finalmente encuentra allí, en Buchenwald, su hogar, su patria.

*

Su respuesta al enigma planteado por la Shoah a todos sus sobrevivientes, es una consecuencia de lo que para el autor es la "esencia" del sistema totalitario. Entre los pensadores y filósofos de la política, muchos son los que han tratado de extraer ese concentrado a partir del cual se podría repensar la experiencia política de occidente. Aquí nos limitaremos a exponer con la mayor brevedad posible la opinión de los sobrevivientes que ya hemos mencionado. Jean Améry, siguiendo ciertas líneas bataille-

anas, había propuesto – a partir de su propia experiencia de la tortura - que su esencia era un sadismo político. Primo Levi por su parte proponía a la xenofobia, una peste siempre latente, cuyo resultado era Auschwitz cuando se erigía en política de Estado, cuando se convertía en un sistema. Jean Améry era crítico literario. Primo Levi era químico. Jorge Semprún buscó sus respuestas en la filosofía. Algunos años antes de ser deportado había comenzado estos estudios en París. En dos pensadores alemanes cree encontrar las respuestas al interrogante sobre la esencia del sistema totalitario. El primero es Kant y su teoría del *Mal radical* en *La religión dentro de los límites de la mera razón*. Para Semprún el Lager expresa en su forma más acabada “La inhumanidad del hombre, en tanto que posibilidad vital, proyecto personal... En tanto que libertad... El Mal es uno de los proyectos posibles de la libertad constitutiva de la humanidad del hombre... De la libertad en la que arraigan a la vez la humanidad y la inhumanidad del ser humano...”. Y en Heidegger encuentra la parte restante de la respuesta “...lo esencial [de esta experiencia del Mal] es que habrá sido vivida como una experiencia de la muerte... La hemos vivido... No somos supervivientes, sino aparecidos... Esto, por supuesto, sólo resulta decible de forma abstracta. [...] O entre risas, con otros aparecidos... Pues no es algo creíble, no es compartible, apenas comprensible, puesto que la muerte es, en el pensamiento racional, el único acontecimiento del cual jamás podremos tener una experiencia individual... Y no obstante, habremos vivido la experiencia de la muerte como una experiencia colectiva, fraterna además, fundiendo nuestro estar-juntos... como un *Mit-sein-zum-Tode...*” Se trata de la experiencia de la propia muerte en la fraternidad del Lager. Tal sería “el desgarró”. Esa es la esencia de lo vivido en los Lager por los deportados según Jorge Semprún. La Muerte no se inscribe en el horizonte de lo empíricamente posible, tampoco es una Idea de la Razón. Sólo en la mirada del prójimo puede adivinarse la propia muerte. Los ojos vacíos de todos los deportados en el Lager, fundaron, para Jorge Semprún, una fraternidad en la muerte. Pero, ¿qué efecto produce esa mirada para quién no estuvo en el Lager? Ningún azar llevó a Jorge Semprún a comenzar su libro por un capítulo titulado “La mirada”. “Es el horror de mi mirada lo que revela la suya, horrorizada”.

*

“Lasciate ogni speranza”. Desde Dante nos acostumbramos a prestar atención a las inscripciones de los pórticos infernales. Jean Améry - para quien la autoexpansión sin límites de los verdugos SS, que negaba la existencia de la víctima, es una potencialidad en todo ser humano - consideró la vida en comunidad como algo insoportable luego del desgarró. Acordaría pues, con Dante y diría que después de Auschwitz sólo cabe abandonar toda esperanza. Primo Levi nos cuenta que en las puertas del infierno de Auschwitz se podía leer la siguiente inscripción en alemán: *Arbeit macht Frei* (El trabajo hace libre). ¿Es una muestra más del cinismo nazi o solo estupidez? En cualquier caso y más allá del espanto que este letrero en ese lugar genera, Primo Levi insistió en considerar que se podía luchar - aunque la lucha no tenga fin - para arrancar del corazón humano el germen mortal de la intolerancia. El portón de Buchenwald también llevaba una inscripción. *Jedem das seine* (A cada cual lo suyo.) Sólo a partir de sus ideas sobre la fraternidad en la muerte pueden concebirse las siguientes palabras de Jorge Semprún: “No era la esperanza lo que tenía que abandonar, en la puerta de este infierno, sino todo lo contrario” Cabe preguntarse ¿no es este un relato cuyo mérito es recordar el olvido de la experiencia fraternal de la muerte? “Controlaba mis sueños, había expulsado de ellos la nieve y el humo sobre el Ettersberg. [...] ¿Cómo expresar este absurdo, la felicidad insólita de este recuerdo?” La escritura se abre paso hasta lograr ser la voz del desgarró. Si en algún sentido puede decirse que la escritura de Jorge Semprún libera, no lo es como ascesis ni catarsis, libera porque ha reconquistado el espacio sacralizado de una muerte fraterna.